

PABLO MARTINEZ DEL RIO

Nació en México, D. F., el 10 de mayo de 1892. Murió en México, D. F., el 26 de enero de 1963.

Antropólogo e historiador, escribió las siguientes obras: *Las pinturas rupestres de Cerro Blanco de Covadonga*; *Por la ventana de la prehistoria* (1929); *Los orígenes americanos* (1936); *Alumbrado* (1937); *El suplicio del hacendado* (1938); *Petroglifos y pinturas rupestres* (1940); *Ensayos sobre la Universidad de México*, con Julio Jiménez Rueda y Samuel Ramos (1951); *Huexotzingo*, con Luis Mac Gregor (1957); *Tula*, con Jorge Acosta (1957). Prologó diversas obras como *Nuestro alfabeto* de María Teresa Chávez Campomanes (1953); *La Comarca Lagunera a fines del siglo XVI y principios del XVII según fuentes escritas* (1954); *Apuntes para la Historia del Rasgueado y de la Caligrafía en México* (1955) y un gran número de artículos, principalmente de asuntos prehistóricos. Fue director del Instituto de Historia, el cual preparó, en unión del Instituto Nacional de Antropología e Historia, un libro de Homenaje en el que se le estudia y se da abundante bibliografía de él. Dirigió la Escuela Nacional de Antropología e Historia, y la Escuela de Verano de la Universidad. Miembro de diversas sociedades científicas, entre otras el Real Instituto Antropológico de la Gran Bretaña, de la Sociedad de Americanistas, etc. Su libro de homenaje es el siguiente: *Manuel Maldonado Koerdell et al Homenaje a Pablo Martínez del Río en el vigésimo quinto aniversario de Los orígenes americanos*, México, INAH, 1961, 520 p., ils., mapas.

Fuente: Pablo Martínez del Río. "El hombre fósil de Tepexpan". En *Cuadernos Americanos*, México, año VI, Vol. XXXIV, No. 4, Julio-Agosto 1947, p. 139-150.

EL HOMBRE FOSIL DE TEPEXPAN

En el descubrimiento del Hombre Fósil de Tepexpan ha culminado una serie de investigaciones y de hallazgos que honran a todos los que en ellos han intervenido y que nos permiten enfocarlos con mayor precisión dentro de su gran trascendencia científica. Esas diligencias previas, importantísimas de por sí se han sucedido con tan extraordinaria rapidez que apenas si ha habido tiempo para que los propios antropólogos se hayan podido dar cuenta de su significado. Pero el hecho es

que todas han venido a complementarse en forma verdaderamente sorprendente.

En lo que se refiere al propio Hombre de Tepexpan cabe decir, anticipándonos un poco, que hasta ahora no se habían descubierto en el Nuevo Mundo restos tan humanos con patente tan clara de antigüedad. Ello no implica que neguemos la posibilidad de que algunos de los hallazgos de ese género realizados anteriormente en ambas Américas se remonten a épocas anteriores, sino solamente que, de ser así, el hecho no ha llegado a comprobarse. Debe también advertirse que aunque se han hallado al norte de la frontera artefactos anteriores al Hombre de Tepexpan, los descubrimientos de osamentas humanas distan mucho de resultar numerosos: además, hay algunos que deben seguramente reputarse casi modernos a pesar de los brillantes alegatos de sus defensores.

Como antecedentes más remotos al descubrimiento e interpretación del Hombre de Tepexpan habría que referirnos a ciertos hallazgos efectuados desde hace ya muchos años en las capas de Tequixquiac y sobre todo al llamado Hombre del Peñón de los Baños, encontrado en 1884 pero que todavía constituye un enigma. Deben también señalarse los esfuerzos de un reducido número de expertos para elucidar el pasado geológico del Valle de México. Lo que despertó nuevo interés en el asunto, sin embargo, fueron unos hallazgos descritos por el ingeniero Arellano y logrados al hacerse las excavaciones para la llamada "Ciudad de los Deportes". Estos, en efecto, sirvieron de punto de partida para esa serie de investigaciones y de descubrimientos a que ya nos referimos y que, en términos generales, son los siguientes: el establecimiento, por Arellano, con la cooperación del doctor Kirk Bryan, de un andamiaje geológico para las épocas pretéritas del Valle de México; el hallazgo e interpretación, por el doctor Helmut de Terra, de unas industrias líticas que anteceden a todas las descubiertas hasta hoy dentro del propio valle; los trabajos llevados a cabo por Arellano con relación a unos elefantes fósiles encontrados en las inmediaciones del Hospital para Enfermos Crónicos en Tepexpan, Estado de México, a corta distancia del lugar donde se habían de encontrar los restos humanos; y la localización, por el mismo experto, de un fragmento de artefacto junto a la cabeza de uno de los proboscidios.

Como es sabido, la Tierra pasó, durante el último período

geológico, o sea el Pleistoceno, por una serie de "Edades de Hielo" que dieron lugar a que grandes extensiones del planeta que ahora son asientos de prósperos países se hallaran sepultadas bajo enormes casquetes helados. Se ha determinado, en efecto, que en un tiempo los mantos de hielo canadienses llegaron a abarcar de mar a mar, y se sabe también que en un momento dado los hielos se aproximaron hasta no lejos de San Luis Misuri. Hoy día, aunque el fenómeno que dio el impulso inicial a las glaciaciones no ha podido esclarecerse en forma satisfactoria, muchos peritos consideran que en la constitución de los casquetes hubieron de intervenir en forma eminente varios factores de carácter astronómico: las fluctuaciones en la oblicuidad de la elíptica terrestre y en la excentricidad de la órbita del planeta, y también la llamada precesión de los equinoccios. Como es natural, estas variaciones determinaron a su vez grandes cambios en la radiación solar, estimándose que la formación de los casquetes hubo de ocurrir en tiempos de baja radiación veraniega y de alta radiación durante el invierno. Como las perturbaciones astronómicas a que nos hemos referido se suceden en ciclos de duración conocida, ha resultado posible, mediante cálculos laboriosísimos, colocar a las diversas manifestaciones glaciares (que hubieron de comenzar hará unos 600,000 años) dentro de un gran armazón cronológico que se antoja bastante seguro.

De éstas, sin embargo, sólo nos interesa la última, o sea la llamada de Wisconsin, que tuvo tres fases culminantes, dos en el poniente y una hacia el oriente de la América septentrional. Aunque cabe la posibilidad de que el hombre haya pasado por primera vez de Asia a nuestro continente antes de la última culminación de los glaciares wisconsinianos, el hecho es que éstos comenzaron a decrecer definitivamente hará unos 25,000 años, y los expertos más bien se inclinan a creer que la colonización del Nuevo Mundo hubo de iniciarse poco después de esa fecha por grupos humanos de origen asiático que comenzaron a penetrar por la región del Estrecho de Behring.

El último encogimiento de los glaciares marca un cómodo punto de arranque para nuestro estudio. Conforme a los estudios de varios peritos, y especialmente de Antevs, el suroeste de los Estados Unidos gozaba entonces de lluvias más abundantes que actualmente, todo ello en estrecha relación con las glaciaciones, y el propio valle de México también se

beneficiaba de una precipitación más copiosa que ahora. Entre la fauna de ese período pluvial, que duró hasta que terminó la glaciación hará unos 8,000 o 10,000 años, destacábase en esta parte de México diversas especies extinguidas de camélidos, de équidos, de bóvidos y de proboscídeos. Como lo atestiguan sus antiguas playas, entonces más altas que las actuales, el Lago de Texcoco ocupaba una superficie mucho mayor que la actual, y en sus pantanosas orillas deben haber saciado su sed muchos de los animales a que nos hemos referido.

A ese período pluvial corresponde, como lo ha establecido brillantemente Arellano con el concurso de Bryan, un horizonte geológico de aluviones que se extienden sobre la mayor parte del Valle y al cual se le ha dado el nombre de Formación Becerra. Esta formación se sobrepone a una anterior más antigua, la llamada Formación Tacubaya, que a su vez corresponde a una culminación anterior de la glaciación, y por tanto no nos afecta. Como ya hemos sugerido, la fauna Becerra, aunque todavía imperfectamente conocida, se distingue por el gran número de animales hoy desaparecidos. Ese testimonio faunístico indica que dentro de aquellas condiciones generales de mayor precipitación pluvial, el Valle de México, y sus inmediaciones, hubieron de ofrecer durante todo el Período Becerra paisajes muy diversificados. En efecto, mientras que los bisontes y los caballos requieren terrenos abiertos, la abundancia de lluvias debe más bien haber favorecido a un frondoso arbolado. No estamos todavía en condiciones de saber si estos medios tan distintos, concentrados todos ellos dentro de una zona geográfica tan relativamente reducida, deben suponerse contemporáneos o más bien indican, como nos parece probable, una serie de oscilaciones climáticas secundarias dentro del propio período y ocurridas dentro de los muchos miles de años en que se fija su duración. Lo cierto es que el período parece haber terminado, como ya asentamos, hará unos 8,000 ó 10,000 años, si bien debemos insistir de nuevo, antes de seguir adelante, que toda esta reconstitución geológica, todavía no absolutamente comprobada, se apoya sobre las hipótesis del conocido experto Antevs y presupone una estrecha correlación entre el Valle de México y el Suroeste de los Estados Unidos.

El fin del período pluvial marcó, como es natural, una verdadera revolución climática y ecológica. El desecamiento progresivo del medio, como nos decía el doctor De Terra, pro-

bablemente obligó a muchos animales, y muy especialmente a los paquidermos, a apiñarse hacia las orillas de los lagos y en otros sitios provistos de agua en abundancia, donde pudo todavía sostenerse por algún tiempo esa vegetación exuberante a que estaban acostumbrados. Y ahí también deben haberlos seguido esos grupos humanos de cazadores que se nutrían de sus carnes. Los sedimentos Becerra rematan por su parte superior en una capa de carbonato de calcio, o caliche, que es índice elocuente de la fase de desecamiento que entonces se inició. Esta capa, por su consistencia, viene a servir como de sello de autenticidad para todos los hallazgos que se hacen debajo de ella y entre los cuales sobresalen los proboscidios estudiados por Arellano y el recién descubierto y ya famoso Hombre de Tepexpan.

Los restos, como veremos, se hallaron a corta profundidad de la capa decaliche. El hueso más elevado de proboscidio estaba apenas unos 30 centímetros debajo de la capa, lo que indica que los animales vivieron al final de la época Becerra. Encima de la capa de caliche, que en Tepexpan tiene de 10 a 20 centímetros de espesor pero que se halla muy generalizada en todo el valle, se encuentran los vestigios de la industria de Chalco, de que hablaremos, así como todo ese cúmulo de tepalcates y otros restos que nos han legado las culturas protohistóricas e históricas que han florecido en este verdadero paraíso arqueológico que habitamos.

Construido así en sus grandes lineamientos el marco general geológico y a reserva de ocuparnos más detalladamente de las características específicas que dentro de ese mismo orden ofrece la propia localidad de Tepexpan, resulta ahora necesario referirnos a la industria lítica hallada por De Terra dentro de la propia Formación Becerra, y por tanto contemporánea con los hallazgos del hombre fósil y de los proboscidios. Debemos advertir que el experto a que ahora nos referimos vino a México el año pasado, patrocinado por la Carnegie Foundation y con la cooperación pecuniaria de la Viking Fund (que tan generosa se ha venido mostrando respecto a todo este asunto) y aduna a su carrera de geólogo un gran conocimiento de la prehistoria. El doctor De Terra buscaba afanosamente la pista del hombre primitivo en México. Sin embargo, difícilmente pudo prever el éxito que tan pronto hubo de coronar sus esfuerzos.

Después de ponerse en contacto con Arellano y otros ex-

pertos, inició De Terra una serie de exploraciones en diversas partes del valle e inclusive sobre las faldas del Ixtaccihuatl, si bien, como nos consta personalmente, uno de los puntos que más le atrajeron desde el principio fue precisamente la región de Tepexpan. Después de pacientes búsquedas logró reunir, no sólo en el propio Tepexpan sino también en Tequisquiac, en el Risco, en San Francisco Mazapan y en otros puntos, un reducido número de implementos, algunos de ellos burdamente labrados, pero todos de indiscutible fabricación humana. De acuerdo con las formaciones geológicas en que hizo los hallazgos, De Terra pudo establecer dos industrias prehistóricas, muy anteriores a todas las descubiertas en el valle hasta la fecha. A la más antigua, que corresponde a la época Becerra y por tanto incluye los artefactos hallados dentro de los sedimentos de ese período, bajo la capa de caliche que por lo general los encubre, la intituló "Industria de San Juan"; a la segunda, que es posterior y por tanto cae fuera de nuestro campo de estudio, la llamó "Industria de Chalco".

Al hacer su clasificación, la industria de San Juan sólo le era conocida a De Terra por menos de una docena de artefactos, casi todos de obsidiana o de calcedonia y entre los cuales predominan los buriles, aunque hay también raspadores y otras piezas, incluyendo una punta de hueso. Por lo demás, sería difícil concebir restos menos aparatosos que esta pequeña colección, tan importante científicamente e índice de pueblos que no conocían todavía ni la agricultura ni la cerámica y que subsistían de la caza, de la pesca y de la recolección. Tipológicamente, no hay nada que nos permita relacionar la industria de San Juan, tan poco caracterizada, con la de la Cueva de la Sandía, la de Folsom, la de Cochise u otras de los Estados Unidos, por más que debe haber resultado contemporánea con alguna de ellas. Pero eso no quita que ofrezca un interés extraordinario para nosotros puesto que se trata de los artefactos más antiguos que hasta ahora ha producido el Valle de México.

Ya explicados estos antecedentes, trasladémonos a la propia localidad de Tepexpan, a unos treinta kilómetros al noroeste de la capital. El extenso llano, de unos tres kilómetros de largo por uno de ancho, donde se hicieron los descubrimientos, se halla sobre la magnífica carretera asfaltada que conduce a San Juan Teotihuacan, y se descubre a mano izquierda poco antes de llegar al Hospital para Enfermos Crónicos. El

llano se halla limitado, a unos cuantos centenares de metros todavía más hacia la izquierda, por un lomerío de muy poca altura, pero en el cual De Terra ha logrado descubrir vestigios de antiguas playas que son certero índice de los cambios en el nivel de las aguas del Lago de Texcoco, que en un tiempo se extendían hasta ahí y cubrían todo el actual llano, convirtiéndolo a veces en peligroso y traicionero pantano.

El 11 de septiembre del año pasado, al hacerse unas excavaciones relacionadas con el hospital, los operarios descubrieron los restos de un proboscidio fósil, si bien en el curso de los últimos veinte años ya se habían hallado cuatro o cinco esqueletos dentro de un radio de unos dos kilómetros. Sabe-dor del descubrimiento, no tardó en trasladarse ahí el ingeniero Arellano, quien, contando con la cooperación de los Institutos de Geología y de Antropología e Historia, pudo llevar a cabo un estudio muy minucioso de los restos y de la colocación en que se hallaban. "El material paleontológico —nos dice— se puede considerar excepcional por encontrarse el cráneo casi completo; su principal deficiencia es que habiéndose encontrado ambos incisivos adheridos a su alvéolo la curiosidad de los trabajadores haya destruido uno de ellos. No menos afortunado fue el hallazgo del brazo derecho totalmente articulado en posición vertical, fijando la postura en que murió. La posición del gran número de costillas, vértebras, extremidades, etc., de lo cual se llevó un registro minucioso, acusa cierta dispersión post-mortem, ocasionada por el hombre, por animales o por ambos. La posición de varias piezas es muy intrigante: por ejemplo, el único iliaco que hemos encontrado tenía la concavidad femural hacia arriba y se encontraba por lo tanto en una posición altamente inestable y anormal; el cráneo invertido parece difícil de explicar, salvo que el animal haya atascado la mano derecha pero no la otra, y haya sucumbido en tal posición que, al desintegrarse los ligamentos, el cráneo se volteó por gravedad." Los restos, debemos advertir, parece ser del género de proboscidios intitulado *Archidiskodon imperator*.

En vista de los trabajos realizados por De Terra, Arellano prestó especial atención a posibles vestigios de industrias humanas y poco después tuvo la suerte de descubrir un fragmento de punta de obsidiana, al lado de la cabeza del paquidermo, que tan cruel muerte había hallado entre el fango del voraz pantano. Venía por tanto, a confirmarse la contemporaneidad

del hombre con los proboscidios, de los cuales otro apareció poco después, aunque esta vez sin cabeza. Como no se ha excavado más que una ínfima proporción de la superficie total del llano, es de suponer que todavía habrán de descubrirse muchos más. Verdaderamente, del mismo modo que los afectos a los espectáculos coreográficos nos hablan de un "Lago de los Cisnes", los paleontólogos mexicanos tienen ya, sin discusión posible, su "Pantano de los Elefantes".

De Terra se hallaba ausente de México cuando Arellano hizo el descubrimiento del fragmento de artefacto, pero regresó al país poco después a fin de proseguir las investigaciones en la misma localidad, contando con la cooperación de un conocido experto en geofísica, el doctor Hans Lundberg. En esta ocasión, y bajo la dirección del expresado perito, se introdujo al subsuelo una corriente eléctrica alterna, buscándose por medio de audifonos los puntos de cambio en la resistencia a la corriente, puesto que, dada la gran homogeneidad de la formación sedimentaria, era de suponerse que esos cambios indicarían la presencia de cuerpos extraños entre los aluviones. Dos de los puntos indicados resultaron estériles al hacerse las excavaciones respectivas en febrero de este año, pero en el tercero, y como a 30 centímetros debajo del caliche, comenzaron a presentarse los restos del ya famoso hombre fósil: el cráneo, en condiciones casi perfectas, dos grandes fragmentos de fémures, dos rótulas, dos tibias rotas, y muchos otros huesos.

A este descubrimiento sensacional vino a sumarse una circunstancia un tanto inesperada. Hasta hoy casi todos los descubrimientos del hombre antiguo realizados en el Nuevo Mundo habían sido restos de individuos de cabeza alargada, o dolicocefalos. Pero estudiado el *cráneo* por el profesor Javier Romero, del Instituto Nacional de Antropología e Historia, el Hombre de Tepexpan resultó ser casi un braquicefalo, con índice rayano en 80. Por lo demás, ni el cráneo ni los huesos acusan detalles que no se hallarían en un hombre moderno.

Como hemos dicho, tanto los restos humanos cuanto los de los proboscidios, que yacían relativamente cercanos, aparecieron a corta distancia debajo del caliche, el cual, a su vez, yace muy cerca de la actual superficie del suelo. Esta circunstancia, sin embargo, quizá no deba extrañarnos demasiado puesto que durante los milenios transcurridos desde la formación de la capa de carbonato, se ha ejercido una fuerte

acción eolia que todavía hoy da lugar a las desagradables tolvaneras que todos conocemos y que debe haber contrarrestado la acumulación de depósitos sobre el caliche, si bien el autor de esta breve reseña no se halla enteramente convencido sobre el particular, como tampoco sobre algún otro punto que sería extemporáneo tratar en esta reseña. Lo cierto es que la situación en que se hallaron los diversos restos no deja de resultar significativa. "El cuerpo —nos dice De Terra— yacía doblado con las piernas encogidas al pecho, y la cara hacia abajo, y debe haberse sumido parcialmente dentro del lodo de modo que la parte del cuerpo que quedó enterrada se libró de la acción de los animales predatorios a quienes puede hacerse responsables de haberse llevado los pies, los huesos de las caderas, algunas de las costillas y los omóplatos. Sólo mediante tal suposición podemos explicarnos la conservación y postura peculiares de los restos."

El descubrimiento, como es de suponerse, causó el mayor revuelo en el mundo científico y, gracias otra vez al Fondo Viking, pudo trasladarse casi inmediatamente a México el famoso perito en paleontología humana, doctor Franz Weidenreich quien, como el doctor De Terra, tiene largo y brillante historial de investigación y trabajo en Asia y otras regiones. En el informe preliminar que rindió a fines de marzo termina Weidenreich diciendo que aunque los caracteres anatómicos del fósil no justificarían por sí solos atribuirlo al Pleistoceno, el alto grado de mineralización que ofrecen presta fuerza a esa suposición en caso de que así lo indique la estratigrafía geológica. Ahora bien, esta última, como hemos visto, no parece dejar lugar a duda al respecto.

La franca asociación de los restos humanos con los de los proboscidos se presta a todo género de conjeturas. Ocurre casi inmediatamente suponer que los hallazgos son índices de un gran drama prehistórico, y poco a poco el cuadro comienza a presentarse, no sin cierto acopio de detalles, ante nuestra mente. Vemos, en las que entonces eran las pantanosas orillas del Lago de Texcoco a todo un rebaño de elefantes, probablemente establecidos en las inmediaciones en forma más o menos permanente ya que la desecación progresiva que marcó el fin de la época "Becerra" debe haberlos obligado, como ya se dijo, a acudir a sitios como éste, abundantemente provistos de agua y de esa vegetación de tipo suculento que les hacía tanta falta para satisfacer sus grandes necesida-

des alimenticias. Ahora bien, el elefante es un animal muy sagaz, "siempre inteligente, lleno de recursos, independiente y adaptable", como escribía Osborn, y no parece probable que todo un rebaño haya penetrado tan lejos de la orilla al grado de atascarse colectivamente a menos de que interviniese algún agente extraño. Y si seguimos aflojándole un poco la rienda a nuestra imaginación, ese agente lo hallamos en el hombre, más precisamente en ese grupo de cazadores que descienden por las lomas casi contiguas y que, una vez consumada la tragedia, se llevan, para comérselos, grandes fragmentos de los animales, respetando, naturalmente, los que yacen dentro del fango pero también cargando con la cabeza entera de uno de los paquidermos. Más tarde, los animales predatorios habrán también de participar del festín. Pero la empresa no deja de costar cara a los cazadores, puesto que uno de ellos hubo de morir en ella.

¿Qué validez científica puede tener esa hipótesis? Desgraciadamente, sólo muy relativa, aunque tampoco cabría descartarla en absoluto. Ciertamente que la circunstancia que la pesada cabeza de uno de los proboscidos haya desaparecido nos hace pensar que hubo de ser llevada a otro lado por el hombre, pues se antoja difícil atribuir el hecho a la acción de animales predatorios. Ciertamente también que la estrecha asociación del fragmento de obsidiana con otra cabeza de paquidermo nos sugiere que el hombre hubo de hallarse presente cuando moría el animal, o inmediatamente después de su muerte; y a esos argumentos podrían sin duda añadirse otros no menos elocuentes. Pero debemos también confesar que hay muchos puntos que quedan oscuros, por ejemplo, las circunstancias precisas que marcaron el fin del individuo. ¿Sucumbiría en la lucha con los paquidermos, o más bien moriría ahogado? Si en el curso de unas excavaciones que no han afectado más que una pequeñísima parte del terreno se han hallado tantos restos de proboscidos, ¿no sería lógico suponer que, a pesar de la notoria sagacidad del animal, este rincón del lago en realidad constituyó, durante largos siglos, una enorme trampa en que fueron enfangándose sucesivamente muchas docenas de paquidermos? En tal caso, el antiguo pantano de Tepexpan vendría a constituir algo así como una especie de versión mexicana del famoso Rancho de la Brea, en California, del cual han sacado restos faunísticos tan interesantes Merriam y los otros paleontólogos que lo han estudiado. Un

examen más detallado arrojará mucha luz sobre todos estos puntos tan importantes.

Sea como fuere, lo que no puede discutirse es que los descubrimientos a que nos referimos vienen a constituir un capítulo interesantísimo en la antigüedad del hombre en el Nuevo Mundo. Aportan, es verdad, datos de carácter confirmatorio más bien que revolucionario: entre lo más inesperado, quizá, señalase el hecho que el Hombre de Tepexpan, en contra de casi todos sus otros compañeros en ambas Américas, haya resultado casi braquicéfalo, aunque ciertamente ya parece haber algún precedente entre los restos hallados en Lagoa Santa. Pero hay que insistir en que el cráneo se asemeja a todos los otros hallados hasta ahora en América en su falta de caracteres que deben reputarse índices de notorio arcaísmo.

Los descubrimientos de carácter industrial resultan también de gran trascendencia para la prehistoria especial de México y de no menos incalculable valor confirmatorio para toda la prehistoria de América. Gracias a este conjunto de hallazgos sabemos ahora a ciencia cierta que el hombre ya habitaba el Valle de México desde las últimas fases de la época Becerra, que los expertos relacionan con el final del último período geológico, o sea el Pleistoceno, el cual según ellos terminó hará unos 8,000 o 10,000 años. Deducimos también que esos primitivos moradores del valle se hallaban en un nivel pre-agrícola de cultura y se sostenían de la caza y de la recolección, aunque la relativa parquedad de artefactos hasta ahora descubiertos nos permite inferir que no hubieron de ser muy numerosos. Por lo demás, hay que confesar que estos hallazgos tenían que realizarse algún día, puesto que los expertos se hallaban ya casi unánimes de acuerdo en que el primitivo poblamiento de ambas Américas hubo de hacerse por gentes que entraron al Nuevo Mundo por la región del Estrecho de Behring. Por tanto, y aunque no puede descartarse la posibilidad de que algunos grupos hayan penetrado al continente meridional por las Antillas, era lógico suponer que México constituye etapa obligada en la principal vía de ingreso a Sudamérica, aunque se carecía de toda comprobación al respecto.

Descubrimientos como el de Tepexpan, conducidos con tanta perspicacia, tanto rigor científico y a la vez —hay que confesarlo— con tanta fortuna, son muy raros en los anales de la investigación prehistórica; y en el caso del que nos

ocupamos converge toda una serie de circunstancias que le imprimen un carácter único. A los descubridores, naturalmente, corresponde la publicación definitiva del resultado de sus esfuerzos, ampliando los informes que ya han producido al respecto. Entretanto, admiremos esa hermosa generosidad que les ha llevado a prodigar sus informes a los que los han solicitado de ellos, y hagamos constar que, gracias a estos magníficos trabajos y hallazgos, todos ellos han merecido bien de la ciencia. Lo que ahora urge descubrir son los eslabones que sin duda unieron al Hombre de Tepexpan con sus sucesores, los pueblos agrícolas de las culturas llamadas "arcaicas", por más que la "Industria de Chalco", posterior a la Formación Becerra, constituye sin duda uno de ellos. Pero el hecho es que de hoy en adelante ya nadie podrá dudar de la antigüedad del hombre en México.